

Aguarda en tanto que los ojos
 Mira hacia el ave, y lúmbra responde:
 — No que la lúmbra entúndese de enojos;
 He nuevo quehacer limpia y serena.
 Mas ¡por qué si te vistes en otros días
 Junto al pastor en la pradera amena,
 Solicita cual hoy no te heoras:
 No la quietud afiores de su alma.
 Que trocado non vez tu amor en hielo,
 Siempre veré sin trocobar la calma,
 Típicas las fronteras y amplias el cielo?

LA PAZ DEL ALMA.

Del arroyo sentada en la ribera,
 Baña en la clara linfa el pié desnudo
 Jóven gentil, y dícela parlera
 Un ave, suspendiendo el vuelo rudo:
 — Puesto que aquí te bañas,
 No agites con tu planta el arroyuelo,
 Que si su espejo cristalino empañas
 No se verá ya en él límpido el cielo.

Anegados en llanto alza los ojos
 Ella hacía el ave, y tímida responde:
 —No que la linfa enturbie te dé enojos;
 De nuevo quedará limpia y serena.
 Mas ¿por qué, si me viste en otros días
 Junto al pastor en la pradera amena,
 Solícita cual hoy no le decias:
 “No la quietud alteres de su alma,
 Que, trocado una vez tu amor en hielo,
 Siempre verá, sin recobrar la calma,
 Turbias las fuentes y anublado el cielo?”

1861.

Martha Francis de Oro

EL EPITAFIO.

De ver á su prometido
 Rosa la gentil regresa:
 Como las del prado trae
 Rojas las manos pequeñas,
 Y su madre la pregunta:
 —¿Qué hiciste, Rosa, con ellas?
 Y “las espigas me hirieron”
 Ruborizada contesta.

Torna de ver á su novio
 Segunda vez la doncella: